

Lindsey Kelk

Y ♥ Hollywood

Bienvenidos a la ciudad
donde los sueños **casi siempre**
se hacen realidad

Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[La guía de Angela ¡y piérdete por Los Ángeles!](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

*Para el oso grande y el ratoncito
(no es tan repugnante como suena, de verdad)*

Muchísimas gracias a Lynne, Claire, Victoria y al resto del personal de HarperCollins. Cuando se acaba una tarea ingente es cuando uno se da cuenta del trabajo duro que implica hacer funcionar un libro. Os debo un millón de gracias.

Yo, Jimmy, Los Ángeles no habría sido lo mismo sin vosotros; tampoco podría haber investigado las calles de Hollywood sin la inestimable ayuda de Caterina (mi rubia descarada favorita), Philipa y Squeaker. Gracias a Jane, Georgia, Keren, Catherine, Alison, Sam, Rich, y Jimmy (una vez más), Pete, Jenny, Ryan, Eric y Chris por atenerse al código de vestuario; a James por ir un paso por delante de mí y coordinarlo todo, y a Della, Lisa y la señorita Aimee por entretenerme hasta el punto de que casi no llego a la fecha de entrega de mi manuscrito. Echo en falta nuestras largas conversaciones telefónicas, los cócteles y nuestros chismes sobre chicos.

También estoy agradecida a todas las personas que me han enviado mensajes de correo electrónico, mensajes de Facebook y Twitter sobre mi libro *Y NY*. Sois estupendos, salvo cuando decís que no os gusta; pero voy a pasar eso por alto. Un beso muy fuerte.

1

FUE UNA BODA PERFECTA.

Sólo había diez personas en el City Hall; nada de himnos, ni lecturas, ni alboroto. Luego nos trasladamos a Alta, en el West Village, para la recepción. La luz de unas velitas parpadeaba ante los rostros de mis amigas preferidas: Jenny, Vanessa, Erin. Y Alex. ¡Dios mío!, ese traje le sentaba de maravilla. Tomé nota mentalmente de que aquel chico tenía que vestirse con tres piezas más a menudo. Quizá fuera lo que debería llevar en nuestra boda... «No te pases, Angela, todavía es demasiado pronto para pensar en ello.» La, la-la, la.

—¿Así que no crees que esté cometiendo un error ridículo? —susurró Erin por encima de mi hombro. Sus palabras me sobresaltaron y volví a la realidad—. Me refiero a que parece imposible que hayan pasado sólo seis meses desde que te dije que jamás volvería a casarme.

Yo negué con la cabeza.

—No, en absoluto. —Miré detenidamente al nuevo señor Erin, o Thomas, que era como lo llamaban sus amigos, aunque Jenny lo conocía por el apelativo de «ese guapísimo y demente pedazo de imbécil»—. No te estarías casando si no estuvieras absolutamente segura de que es lo que tienes que hacer.

—Pues claro que sí. ¿Qué tal? —Jenny Lopez hizo su aparición y le dio un enorme beso a la novia, manchándole la mejilla de pintalabios rojo Mac Ruby Woo—. Es un abogado superrico y guapísimo que además está muy enamorado de ti. No me cabe la menor duda de que son los tres factores principales a tener en cuenta antes de subirte al tren del matrimonio. Además, chica, éste es un tren con

mucha clase. Incluso mejor que el anterior. Y hasta mejor que el que precedió al anterior.

—Mira que eres grosera. —Erin le dio a Jenny un cachete juguetón en su mata de rizos color chocolate—. Pero tienes razón: no podía no casarme con él. Es un encanto.

—Sí, lo es. Sólo me casaré cuando mi chico pueda reservar mi restaurante preferido durante todo un sábado por la noche. —Jenny suspiró y se bebió de un trago el contenido de una alta copa de champán—. ¿Es que Thomas no tiene amigos solteros? Me refiero a amigos solteros que sean abogados de éxito.

Yo no podía dejar de sonreír. La última boda en la que había estado no había sido tan brillante. Había empezado el día sonrojándome en mi papel de dama de honor con un novio muy devoto, pero resultó que el tal novio era un rompecorazonas, pues ese mismo día lo encontraron con una fulana en el asiento trasero de su Range Rover.

Después de que algunos invitados a la boda se hubiesen despedido entre sollozos y otros acabasen en el hospital, había viajado a Nueva York a toda prisa y había conocido a Jenny: ella era mi familia, mi mejor amiga y mi terapeuta, tres en uno. No era que la experiencia hubiese sido como dar un paseo por Central Park, pero al final había encontrado mi propio camino. Escribía un blog para la revista *The Look*, había hecho buenos amigos, tenía una vida y todas las cosas a las que había tenido que renunciar durante demasiado tiempo. Sentí que una mano se deslizaba por mi cintura y me empujaba suavemente. Entonces, me acordé de otra cosa que había encontrado en Nueva York: Alex Reid.

—Ésta es la mejor boda a la que me han invitado —surró Alex mientras acariciaba con sus labios mi piel—, y aquí está la chica más guapa de todas.

—En primer lugar, sólo hay ocho chicas en esta boda y, en segundo, lo que acabas de decir no es cierto —repuse, apartando el largo flequillo moreno de Alex, que le tapaba los ojos—. Erin está estupenda; Jenny está ridículamente guapa con ese vestido, y Vanessa...

—¿Por qué no puedes aceptar un cumplido? —dijo él negando con la cabeza—. Además, da igual lo que digas; no hay ninguna chica en toda la ciudad de Nueva York que pueda hacerte sombra en estos momentos.

Arrugué la nariz y acepté su beso, agradeciendo en silencio mi buena estrella. Nos habíamos conocido poco después de mi llegada a Nueva York y en seguida nos embarcamos en una relación demasiado seria. Él se encargó entonces de frenar un poco el asunto, y yo me pasé seis meses a la expectativa, fingiendo que no estaba preparada para salir con nadie, aunque en realidad esperaba el momento oportuno para volver a llamarlo. Al final, cogí el teléfono, hice acopio de todos mis pedacitos de karma, y, gracias a Dios, a Buda y a Marc Jacobs, Alex respondió a mi llamada. Sólo pretendía divertirme y hacer caso omiso de la constante sensación de ardor en mi estómago que me advertía de que ése era el tipo: él era mi chico. De ningún modo quería repetir una experiencia como la anterior. Había salido diez años con mi ex y jamás, en ningún momento, había tenido tanto miedo de perder a alguien como cuando me quedé una noche entera en vela mirando a Alex mientras dormía.

En los dos últimos meses se había comportado como el novio más atento, considerado, tierno y maravilloso que cabía imaginar. Me compraba pequeños detalles, como el hermosísimo girasol diminuto —mi flor preferida— que me había regalado para que lo añadiera como broche al traje verde oliva de Cynthia Rowley que iba a llevar en la boda. Me sorprendía con picnics en la oficina cuando tenía mucho trabajo; salía a comprar el desayuno antes de que me despertara, e incluso vino desde Brooklyn hasta Manhattan con el bolso y las llaves que me había dejado en su apartamento, más una enorme pizza, cuando Jenny y yo nos quedamos tiradas fuera de casa a las tres de la madrugada. Nunca descubrimos el lugar en el que Jenny se había olvidado las llaves... Pero lo más impresionante fue cuando una noche bebí demasiado en una cata de vinos sobre la que se suponía que debía escribir para *The Look*, y él me apartó el pelo para que pudiera vomitar tranquila. Eso ocurrió a las

puertas de un restaurante de moda, mientras todo el mundo nos miraba y yo echaba la pota a los pies de mi chico.

No era sólo que Alex estuviera compitiendo por el título de Mejor Novio del Mundo, también había que tener en cuenta el pequeño detalle de que se estaba convirtiendo en un dios del rock. Su banda había sacado el tercer álbum durante el descanso que le habíamos dado a nuestra relación, y a pesar de que ese trabajo había tenido poca repercusión comercial y un gran éxito de crítica, Alex seguía siendo un ángel. Mientras Jenny proclamaba a los cuatro vientos que seguramente él estaría esnifando coca sobre el ombligo de alguna de sus *groupies*, lo cierto era que Alex estaba mirando «America's Next Top Model» sentado en nuestro sofá y cenando comida china.

Eché un vistazo a la mesa cuando nos disponíamos a sentarnos para cenar y no recuerdo haberme sentido nunca tan feliz y tan a gusto conmigo misma. ¿Qué importaba si no había crecido con esas personas ni habían sido ellas las que me habían enseñado a montar en bicicleta? Eran las personas que me habían enseñado a ir en metro y a valerme por mí misma. O al menos a regresar a ellas tras una borrachera.

—Dime, ¿no la detestas? —bromeó Jenny, dándome un codazo—. ¿Cómo es posible que se haya casado como unas siete veces y que yo ni siquiera consiga que me folllen?

—Estaba absorta en un instante de tranquilidad, pensando en lo afortunada que soy por haber conocido a una panda de amigos tan increíbles —respondí, dando unos golpecitos en la mano de Jenny—, y tú vas y lo arruinas.

—No, qué va, si me adoras. —Jenny reclinó la cabeza sobre mi hombro y me dio una palmadita cariñosa en la barbilla—. También sabes que te quiero. Pero en serio, me voy a echar a llorar. Si tú y el señorito Brooklyn creéis que os vais a casar antes que yo estáis muy equivocados.

—¡Jenny! —Miré a Alex, pero él ponía cara de estar escuchando atentamente a uno de los amigos del banco de

inversiones de Thomas—. Cállate. Sólo hace dos minutos que salimos. No la pifies.

—Eso es imposible, cariño. —Jenny pasó la mano por encima de la vela que tenía delante de ella—. ¿Cuántas noches habéis dormido separados desde que volvisteis? ¿Tres? ¿Cuatro, como mucho? Está colado por ti. Y sé que la marcha nupcial resuena en tu cabeza. Me apuesto lo que quieras a que en menos de un año lucirás un anillo en el dedo. ¿Quieres que le asesore sobre cuáles son las mejores opciones? Sé que es un tipo creativo, pero tiene que regalarte algo que puedas llevar el resto de tu vida.

Empecé a toquetear mi pelo largo y castaño claro. Me estaba poniendo nerviosa.

—Vale ya, en serio. Nos estamos tomando las cosas con calma y lo sabes.

Jenny esbozó una sonrisa.

—Lo sé, pero es que es evidente. Y sabes que me alegro un montón por ello, es estupendo. Pero Angie, tienes que conseguirme a un tío. Hace como seis meses que no estoy con nadie, y no será porque no quiera. ¡Vaya!, gracias a Dios, algo de comida.

—Sí, porque ahora mismo estoy muerta de hambre —murmuré.

La cena transcurrió de prisa; la comida estaba riquísima, pero el champán no me entró tan rápidamente como me habría gustado. Unos rollitos de salchicha o unas brochetas de pollo habrían sido de gran ayuda, pero aquella era la típica cena neoyorquina con clase, no una ruidosa reunión familiar. Cuando la cena dio paso a las conversaciones, y ésa fue la excusa para servir más bebidas, tuve que disculparme ante un fascinante analista de mercados que por poco se desmaya al saber que yo no tenía ningún plan de pensiones. Entonces, se volvió hacia personas con las que realmente pudiera hablar. Erin y Vanessa estaban muy ocupadas con sus respectivos papeles de novia y dama de honor en la puerta de entrada, y Jenny se dedicaba a esbozar su mejor sonrisa y a asentir con la cabeza ante varios de los amigos de Thomas, mientras que Alex, por lo visto, se

escondía de esa misma gente en el lavabo. Era capaz de lucir un traje y de peinarse la mata de pelo negro revuelto, pero no podía ocultar la mirada cuando Thomas y sus amigos empezaban a hablar de acciones y mercados. Como no había nadie que pudiera protegerme de la misma muerte por conversación, salí a la terraza para apartarme de todo aquello.

—¿Es que tienes previsto espiar a los invitados? —me preguntó Alex cuando subía el último escalón.

Estaba apoyado en la barandilla, levantando una copa alta de champán. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado y se había aflojado la corbata.

—De modo que éste es tu escondite —determiné mientras bebía un sorbo de su copa. Bueno, uno más no me haría daño—. Pensé que igual te habrías largado con ese tipo que has conocido en la cena.

—Exacto; has dado en el clavo. Ya sabes que siempre he sentido una gran fascinación por los bonos de alto rendimiento.

—Ya me imaginaba que eso de la banda era una tapadera. ¿A quién estás espiando?

Señaló hacia el bar que habían improvisado en el fondo del restaurante.

—Bueno, primero te he espiado a ti, pero te has ido, así que sólo me ha quedado Jenny. Intento dilucidar quién es su objetivo esta noche.

Reparé en ella de inmediato; estaba apoyada junto a la barra del bar, con sus rizos brillantes y su pintalabios rojo. Bebía de un cóctel claro y se estaba mirando las uñas, ignorando por completo al tipo que estaba a su lado, quien intentaba atraer su atención con una extraña y leve tos y una mirada aterradora.

—Por lo visto, se decanta por Jeff —dijo Alex, que a la vez asintió con la cabeza.

—Eso parece —contesté frunciendo el ceño—, pero en realidad no lo sé. Te dice que quiere que la follan, pero luego se pasa las noches viendo culebrones. ¿Lo entiendes? No se lo toma en serio.

—Quizá es que está siendo exigente —propuso Alex mientras el pobre banquero desistía de su intento y probaba suerte con Vanessa—. O igual es que se parece a la protagonista de «Nanny 911».

—Bueno, en realidad, está bien que sea exigente, es una mujer estupenda, pero creo que hay algo más —reconocí—. No lo sé. Sale, conoce a hombres, le dan su número de teléfono, y luego no los llama. Pero al mismo tiempo nos da la vara con el hecho de que no liga con nadie. Ya no sé a qué atenerme. Tengo claro que sigue colgada por Jeff, pero es de lo único de lo que no está dispuesta a hablarme.

—¿Es que aún alberga esperanzas de reconciliación?
—Alex reclinó su cabeza contra la mía.

Me encogí de hombros y fruncí los labios. La versión oficial era que había superado por completo lo de su ex, pero la extraoficial, la que se contaba después de tomar unas copas a las dos de la madrugada, era: «Jamás voy a superarlo; él es mi alma gemela». Pero de algún modo sentí que eso no quería compartirlo con Alex.

—¿No puedo decirle entonces que una rubia se mudó con él justo ayer? —preguntó Alex—. Perdona por no habértelo comentado antes; se me olvidó por completo.

—¿En serio?

Alex asintió con la cabeza.

El hecho de que él se hubiera negado a vender su apartamento por la única razón de que estaba en el mismo edificio que el del ex de Jenny solía ser una buena razón para que ella decidiera no dirigirle la palabra durante varios días, de manera que me pareció sensato reservarme esa información.

—No, es mejor que no lo sepa. Eso la dejaría postrada en cama durante un mes.

—Bueno, parece divertido. —Sonrió, deslizado una mano por mi espalda mientras con la otra se agarraba a la barandilla—. ¿Podemos hacer eso mismo ahora?

Me fijé en los ojos verdes y profundos de Alex; su flequillo rozaba mis pestañas mientras acercaba su rostro al

mío para un largo beso. Noté que su cuerpo estaba cálido al entrar en contacto con la seda fina de mi vestido, y sentí cómo los balaustres de la barandilla se hundían en mi espalda. Perdí fuerza en mis dedos y algo se precipitó al suelo, aunque no estaba segura de si se había caído por algún hueco abierto al exterior. Tampoco era que me importara en ese momento.

—Debería irme pronto —repuse con voz entrecortada mientras Alex me acariciaba la parte baja del cuello y hacía unos rizos con mi cabello y sus largos dedos—. Tengo una cita con Mary a las nueve en punto.

—Mi apartamento está más cerca yendo en metro, y al tuyo se llega antes si cogemos un taxi. —Los ojos de Alex se habían oscurecido y tenía las pupilas dilatadas. Respiraba con cierta agitación—. Pero no creo que los pasajeros del metro estén muy conformes con lo que tengo pensado.

—Pues entonces vamos en taxi.

Me arreglé el vestido y recogí el bolso. Gracias a Dios que no me había pasado con la bebida y que no acabé increpando a alguien. Ya había incordiado a muchos invitados de bodas en mis viejos tiempos.

—Debo decir que jamás habría creído que eras la clase de tío que se excita con las bodas.

—¿Y qué clase de tío creías que era? —preguntó Alex con una sonrisa—. Y no son las bodas lo que me excitan, sino tu. Métete de una vez en un taxi.

2

LA MAÑANA SIGUIENTE AMANECIÓ GRIS Y FRÍA, como cada mañana desde finales del mes de noviembre. El suelo de madera noble de mi dormitorio estaba gélido cuando apoyé alegremente los dedos de los pies al salir de la cama con la intención de buscar mis zapatillas. Ya sabía que era una tontería prescindir de mis gruesos calcetines para dormir cuando Alex se quedaba en casa, pero no hacía tanto tiempo que estábamos juntos, y no creía que estuviera preparado para eso, de modo que pasé frío como una idiota.

El mes de marzo era lo contrario al mes de julio. Había empezado a achicharrarme en el preciso instante en que había salido del avión, pero ahora me preguntaba de cuando en cuando si alguna vez volvería a sentir calor. El verano cálido y húmedo había dado paso a un otoño frío y seco, que había quedado rápidamente desfasado por las temperaturas bajo cero y las tormentas de nieve. Aunque los ocho centímetros de nieve eran muy monos, no había tardado en darme cuenta de que *a)* esas tormentas no eran tan infrecuentes en la ciudad, y *b)* que no auguraban nada bueno. Cuando nevaba en Inglaterra, todo se paraba. Mi madre esperaba a que la máquina quitanieves limpiara las calles; luego, iba a comprar con sus botas de lluvia y caminaba por el centro de la carretera; adquiría cantidades innecesarias de comida enlatada y varios litros de leche, que se agriaba antes de que le diera tiempo a obligar a mi padre a bebérsela entera. Cuando nevaba de lo lindo en Nueva York, las calles quedaban intransitables y el metro dejaba de funcionar, pero la vida seguía igual. Caminar con ráfagas de fuerte viento echándote el aguanieve en la cara no ponía las cosas fáciles para llevar la clase de vida glamurosa que mi familia de Inglaterra pensaba que llevaba. Aunque esa

ignorancia también se debía a que mis mensajes de correo electrónico y mis llamadas telefónicas rara vez mencionaban el hecho de que hacía meses que caminaba por las calles con la nariz enrojecida por el frío y enfundada en un anorak como si fuera un muñeco Michelin.

Aparté la cortina para comprobar el estado de las calles. Al menos no había nevado durante la noche, pero el cielo aparecía plomizo y amenazador. Los transeúntes se movían espasmódicamente e iban vestidos como si quisieran iniciar una expedición al Ártico.

—¿Qué hora es? —gruñó Alex, acercándose a mí y dejando caer la cortina hacia la ventana.

—Son las siete y media —suspiré.

Dejé que me arrastrara de nuevo hasta la cama, y mis pies desaparecieron debajo del edredón. Alex era como mi calentador humano. No importaba cuán frío estuviera el apartamento, él siempre estaba caliente. Ése era uno de los motivos por los cuales me encantaba tenerlo en la cama, aparte, claro está, de las razones evidentes.

—Aunque no me apetezca, tengo que levantarme.

—¿Sabes? Me paso el día diciéndole a la gente que es fantástico tener una novia escritora —comentó Alex cuando me separé de nuevo de él—, porque no tiene que estar en la oficina cada día a las nueve de la mañana. Y fíjate, son las siete y media...

—No puedo evitarlo —respondí mientras volvía a colocar los pies en la fría superficie del suelo.

Me puse mi bata de lana y miré a Alex; tenía los ojos entornados y la nariz medio tapada por las mantas.

—¿De verdad le dices a la gente que tu novia es escritora?

—Bueno —contestó Alex, que se hizo un ovillo con el edredón, escondiendo la cabeza mientras encendía un flexo—, ¿qué otra cosa puedo decirles? ¿Que eres una refugiada británica que no puede volver a casa porque rompiste con un hombre?

—No te pases... —Cogí una toalla del radiador y me dirigí al cuarto de baño—. Puedes decirle a la gente lo que

quieras, siempre y cuando añadas que soy tu novia —dije en voz baja con una amplia sonrisa.

El edificio Spencer Media estaba situado en Times Square, uno de mis lugares menos favoritos de todo Manhattan. Incluso ese día, un gélido lunes de marzo a las ocho y cincuenta minutos de la mañana, las calles estaban repletas de turistas que se aferraban a sus cafés Starbucks y a sus cámaras digitales con unos guantes inadecuados de lana. Jamás habría creído que necesitaría un abrigo acolchado North Face en Nueva York, pero me había resultado imposible sobrevivir a un enero neoyorquino con un hermoso abrigo suelto de Marc Jacobs y una chaqueta de cuero de H&M. En mi vida había pasado tanto frío, así que había comprendido la necesidad de olvidarme de mi reciente interés por la moda y vestirme con tantas capas de ropa como fuera humanamente posible antes de salir de mi apartamento. Era una locura.

Pasé por delante de un corrillo de escolares que se hacían fotos y se intercambiaban entre ellos para salir todos retratados. Entonces, pensé en cuántos turistas me habían cedido su cámara para que les hiciera una foto desde que había empezado a trabajar en *The Look*. Probablemente en Facebook había millones de imágenes de una chica algo contrariada que suspiraba al hacer la instantánea.

Casi que valía la pena atravesar todo Times Square para llegar a la planta cuarenta y dos del despacho de Mary y contemplar la vista. Cuantos más pisos subía, más alucinante me parecía Nueva York. A veces en la planta baja me olvidaba de dónde estaba —H&M aquí, HSBC allí—, pero en el despacho, rodeada de rascacielos y de ríos que transcurrían pacíficamente alrededor de la isla, no podía dejar de pensar en que sólo podía estar en Manhattan.

—Mary te está esperando —me comunicó una voz insulsa desde detrás de una enorme pantalla de ordenador mientras yo trataba de ubicar al grupo de escolares.